

DISCURSO CIVICO¹

C. Gobernador,

Compatriotas:

¡La patria es lo más noble que existe sobre la tierra!— El mismo escéptico, el mismo hombre que se ríe de todo lo santo, respeta el sentimiento patriótico, se ve subyugado por él y hace consistir su mayor felicidad en sufrir la dulce, pero vigorosa, conmoción que de aquél nace.

¿Qué extraño es, pues, que el patriotismo obre prodigios tantos?— A su voz, el obrero arroja presuroso los instrumentos de trabajo y en su lugar se apodera del fusil, el estudiante abandona la carrera en que cifra sus más ardientes esperanzas, el sacerdote deja el templo y despreciando las censuras de sus superiores y los anatemas de los fanáticos, se convierte en campeón denodado de la libertad, el mismo amante que hace poco suspiraba por su amada, se olvida de ella y sólo piensa en la airosa bandera que se ha levantado erguida en cien combates.

¿Cuántas veces también venerables ancianos que apenas pueden soportar sus crueles achaques, son los primeros en acudir al puesto de honor, al puesto en que su país lo necesita!

¿Qué digo?— El padre, el amoroso padre, de cuyos socorros necesita imperiosamente su familia, no vacila en desampararla, cuando ve que hay una brecha que cubrir en las filas de los que defienden la integridad nacional. Las mismas madres reprimen sus tiernos afectos, y con el corazón hecho jirones, ordenan a sus hijos que corran a los campos de batalla.

¿No recordáis? ¿Habéis olvidado el espectáculo que acaba de ofrecer al mundo el pueblo norteamericano, el pueblo que, según se dice, es vil esclavo del dinero?— Pues en ese pueblo hubo capitalistas que sacrificaron sus intereses pecuniarios para proveer de soldados al ejército de su nación; hubo millonarios que enviaron a sus hijos a las playas de Cuba para que

¹ Pronunciado en representación del H. Ayuntamiento el día 5 de mayo de 1899. Publicado en *El Contemporáneo*, diario independiente, San Luis Potosí, México, mayo 7 de 1899.

expusieran sus pechos a las balas españolas; hubo obreros, y millones de obreros, que dejaron en la desolación a los seres más amados para ir a buscar la muerte o la victoria, como se los exigía el deber.

Cuando la Patria clama pidiendo ayuda, cuando la Patria teme, cuando la Patria gime, no hay ofrenda que no se le tribute, no hay intereses ni afectos que no se pongan a sus plantas, no hay actos que parezcan imposibles, no hay privaciones que parezcan excesivas, no hay deberes que parezcan onerosos.

Si tal y tan grande es la influencia que sobre el hombre ejerce el patriotismo, excusadme, Señores, si obedeciendo a él me he impuesto un leve sacrificio, el de abochornarme en presencia de auditorio, que lejos de que pudiera ser ilustrado por mis flacos raciocinios, pues de enseñarme, punto por punto, las consecuencias todas y el interesante simbolismo que entraña el glorioso aniversario del día de hoy.

He hablado de simbolismo y con razón; pues para cualquier espíritu sensato esta fecha, 5 de mayo de 1862, significa nada menos que la lucha titánica de nuestra nacionalidad con la poderosa Francia; envuelve por lo mismo recuerdos gratísimos, dulces reminiscencias que elevan el alma a regiones que no son las de la ruin realidad. Esa fecha implica la rehabilitación de nuestro país ante el mundo; demuestra el portentoso poder de los ideales cuando los toma como lema un grupo de hombres decididos; denota la vitalidad, la pureza y mérito del gran partido liberal; nos recuerda, por último, el golpe de gracia que recibieron los sectarios del retroceso.

Nuestro país era visto con desprecio. Había bastado la ridícula guerra de los pasteles, había bastado la funesta invasión norteamericana, había bastado nuestras constantes reyertas intestinas, para arrojar el baldón y la infamia sobre la frente de la nación azteca.

“¿En qué concepto debe tenerse a un pueblo que no sabe defender sus fronteras, que abandona sus hogares al enemigo, que se fracciona a la vista misma del invasor, que cede ante las exigencias del fuerte a manera de débil mujer?”

Ese era el lenguaje de la Europa al contemplar nuestras debilidades, nuestros deslices y nuestras catástrofes. Nos consideraba incapaces de nada grande, de nada digno, de nada provechoso para la humanidad y para la civilización. Nos había creído vil juguete de las pasiones más vergonzosas, presa fatal de la discordia y de la envidia, seres privados de virilidad y de energía. Se juzgaba la Europa con derecho para imponernos órdenes como a pueblo niño, como a pueblo que no había alcanzado su madurez. Estaba persuadida de que la voz de sus cañones nos intimidaba, como intimidad el

rugido del león al medroso ciervo, como intimidad la mira del águila a la indefensa tórtola.

Mas ¿qué pronto reconoció su error! Lanza sobre nosotros a tres naciones coaligadas, nos embiste arrogante con altivas y monstruosas reclamaciones, está segura de anonadarnos con sus ejércitos y sus escuadras; y se encuentra que con el primer paso que damos, destruye la alianza tripartita, y que es seguido de otros que a la vez que la llenan de asombro, cubren a la Francia de vergüenza y a nuestra República de gloria.

Creyó la Francia que el brillos solo de sus armas, la presencia sola de sus formidables bajeles, nos impelería a doblegarnos ante ella, humildes y cobardes; enloqueció de orgullo al acodarse de Crimea y de Argelia, de Solferino y de Magenta; echó una ojeada a su historia y no vio en ella sino triunfos: triunfos en la guerra, triunfos en las ciencias, y triunfos en las artes, consideró su poderío, su unidad, su centralización vigorosa, su riqueza, su prestigio; y no le vino más idea que la de una victoria fácil y espléndida sobre nuestras chusmas de indios; pensó en el porvenir y soñó con la erección de un vasto imperio en el Anáhuac, que iría a depositar sus ricos tributos, en señal del pleito homenaje, a las plantas de sus señores los galos.

El mundo todo se estremeció al conocer los designios del gobierno que se creía árbitro de la Europa, y no dudó de que la infeliz y degradada República de México iba a perder para siempre la independencia de que tanto había abusado. Iba a sonar la última hora de nuestra existencia política.

¡Cuán distintas eran las convicciones de nuestros estadistas y de nuestros ciudadanos, de nuestro sabios y de nuestros jornaleros, de nuestros generales y de nuestros soldados! — Nadie vacila; a nadie le infunde espanto la amenaza de la soberbia Francia. — Y, sin embargo, ¿cuántos motivos había para vacilar, cuántos motivos había para espantarse! El país estaba debilitado, exhausto de jugos vitales, por consecuencia de las guerras civiles; estaba desmembrado, desmenuzado por el antagonismo de los partidos; todo lo inclinaba a temer que las preocupaciones religiosas fuesen hábilmente explotadas por los enemigos de la Reforma y de la Independencia. México, por último, volvía sus ojos en todas direcciones, y no percibía ninguna potencia amiga que le tendiera la mano. Estaba abandonado a sus propias fuerzas;

No importa, México acepta el resto, y responde a él con la batalla del 5 de mayo.

No había tenido soldado, sino reclutas; no había tenido recursos, sino escaseces; no tenía a su disposición la ciencia de grandes capitales, sino la

impericia de jefes noveles; y no obstante, sin temores ni zozobras, se hace en brazos de la Providencia, que sabe amparar a las libertades y a las virtudes, y peleando con noble fe y varonil entusiasmo, arrebatada de las frentes de los invictos soldados napoleónicos las coronas de laurel que la admiración universal tejiera para ellos. Era el mentís severo y estridente que el calumniado México lanzaba a la faz de la insolente Europa.

¿Pero no al poco tiempo la suerte vuelve las espaldas a la justicia, que por desgracia es débil; para ir a complacer a la maldad, que por desgracia es fuerte!

Nuestra tropas perecen bajo la mole del número y bajo el golpe de la traición, pierde a sus más ilustres caudillos, tiene a veces que capitular en masa, y se ven siempre obligados a huir ante el afortunado invasor.

No es esto todo. Los alevosos reaccionarios maldiciendo de la sangre que por sus venas corre, apoyan francamente al extranjero, le ayudan a su tarea criminal ministrándole hombres y pertrechos, agasajos y lisonjas, al mismo tiempo que procuran sembrar la cizaña en el campo de los libres. El enemigo es ya dueño de nuestras grandes ciudades, es ya el poseedor de nuestras extensas campiñas: a nuestros bravos apenas si les pertenece algo más que el lugar que ocupan con su bayonetas.

Pues bien, esos jirones de tierra darán abrigo a nuestros guerrilleros: éstos hallarán en los bosques un refugio, y en los frutos naturales un alimento.

Sin embargo, la situación es tremenda, es desesperante. El inmortal Juárez ha tenido que seguir el camino de los defensores de la patria va huyendo de ciudad en ciudad, en medio del ridículo y causando el desaliento de sus prosélitos. Lo agobia una pena inmensa: sabe que el Erario no tiene fondos, ve que se van diezmando a gran prisa los pequeños destacamentos que aún hacen temblar al invasor, piensa tal vez que llegará el día en que falte un rincón para dar cabidad al Gobierno Nacional.

Y para colmo de desdichas, bien pronto entra el francés en la vía de las crueldades, en la era del terror. Como tiene conocimiento de lo efímero de sus victorias y de la realidad de su impotencia, cree que multiplicando los cadalsos y exterminando a los pueblos, así y sólo así logrará mantener su dominación.

Se figuran los tiranos que los torbellinos de humo que levantan los fusilamientos, han de opacar las limpias figuras de los héroes: no saben que la pólvora de sus hecatombes, purificando la atmósfera en que aquéllos vivieron los hace aparecer en todo el esplendor de su gloria; ignoran que la roja sangre con que los mártires quedan bañados, hace resaltar la

espléndida nitidez de su conducta. ¡Siempre el despotismo ha sido necio, siempre el despotismo ha sido torpe!

Sobre todo, al patriota nada los arredra; porque encuentra en sí cuantos elementos exigen las más violentas crisis.

¿Cómo contrarrestaron los liberales mexicanos la acción robusta e incansable de sus perseguidores? Como acostumbra hacerlo el heroísmo.

¿Faltan las tropas regulares? No hay ciudadano, ahí están las guerrillas. ¿Están ocupadas las poblaciones? La guerra de hará en los campos y en los bosques. ¿Ocurre un descalabro? Se retrocede un poco, pero no es sino para volver a la carga con más ardor. ¿Desaparece un cuerpo de ejército? ¿Qué importa! La inteligencia y la constancia sabrán improvisar otro que aventaje al primero.

Lo más notable es que todo esto de hizo sin apelar a las represalias, sin hacer uso de medios extremos, sin valerse de ardides reprobados ni de la ignominiosa perfidia, sin faltar a las leyes de humanidad para con los vencidos. No hablo, por supuesto, de aquellos bandoleros que no tomaban el nombre de liberales sino para deshonrarlo, me refiero a las tropas y guerrillas que dependían del Gobierno y cumplimentaban sus órdenes.

México hallaba en sí el vigor que le era necesario, y por consiguiente, no quiso degradarse solicitando con vehemencia el auxilio de potencias extrañas; sino que muy por el contrario, se fió en la impetuosidad y el arrojo de sus hijos, sin desmayar un solo instante. O si no, que se nos diga cuándo procuró celebrar transacciones con los imperialistas, cuándo solicitó de ellos un arreglo, cuándo se le vió mendigar su compasión.

¡No había necesidad! Todos los buenos ciudadanos formaban una sola masa del todo coherente, que no fueron bastantes a disgregar ni aún ciertas dificultades relativas a la elección de nuevo Presidente.

¿Hermoso contraste entre la sensata fraternidad de los liberales y la aborrecible discordia que provocaron los conservadores! ¿Enorme diferencia entre los adalides del derecho y los propugnadores de la iniquidad! Los unos en nombre de la conciencia acatan las leyes eternas del mundo moral, los otros las profanan y las pisotean en nombre de la religión.

¿Ese partido tuvo la culpa! El atrajo con sus viles seducciones al ambicioso francés, él nos acarreo días de luto y de sangre; pero también él sirvió para más enaltecer el denuedo y el civismo de nuestros ciudadanos leales. Estos, en efecto, tuvieron que afrontar una situación de la que rarísimos ejemplos presentaba la historia.

La pequeña Grecia, es verdad, se atrevió a hacer frente a los invencibles persas; los altivos galos no temieron a las legiones del gran César; la España

emprendió una lucha homérica de ocho siglos contra los valerosos sarracenos; la misma nación francesa, hace apenas un siglo, sostuvo intrépida los asaltos de las formidable coalición europea; pero tanto los griegos como los galos, tanto los españoles como los franceses, echaron mano de todos sus hijos, desplegaron todo su vigor, no tuvieron que vencer la resistencia de la deslealtad, no sufrieron defecciones en masa de sus compatriotas.

Lo contrario sucedió con nuestro país; él tenía dos enemigos, el que venía de allende el océano, y el que habitaba sus propios hogares; él tenía que combatir dos cosas: el poder de sus adversarios y la propia debilidad acrecentada por la desunión.

¿Podrá deshonramos la infamia de esos facciosos que se llaman conservadores? De ningún modo, pues aparte de que muchos de ellos obraron con entre buena fe, aunque con absoluta falta de criterio, no hay que olvidar una gran verdad. Los traidores no tiene patria, no tienen nacionalidad, sólo los verdaderos parias de la especie humana, los judíos errantes de la escena política; forman una raza aparte, maldita y execrada, cuyo mismo color la aparta y la distingue de la otra, de la raza de los hombres dignos. A la madre no se le puede juzgar por sus abortos, así como no se aprecia el orden admirable de la naturaleza observando sus catadismos, ni la sabiduría de la Providencia con sólo presenciar los excesos de la libertad humana.

Pero, en fin, ese partido está muerto. ¡Dejémosle dormir el sueño de la historia!

Murió tan pronto como dió a conocer sus tendencias torcidas, cuando se vió que vendía la felicidad de su país al vil precio de un interés de secta. Era habitante de las tinieblas: sólo ahí podía engañar sobre su verdadera índole; mas su imprudencia y su descaro lo condujeron a la luz, lo expusieron a los rayos de la verdad, y no pudo resistirlos. Murió cuando le faltaron la bayonetas francesas y el dinero de los conventos; ¡era natural! su impotencia necesitaba de otros, su falta de prestigio lo obligaba a recurrir a la venalidad y al orgullo, al ansia de placeres y al torpe apetito de gloria: tuvo por mordaga la vergüenza, por funerales los del ridículo; la losa que cubre su sepulcro, es la inamovible mole del escarnio que sobre su recuerdo pesa; el monumento que la posterioridad le eleve, será el del oprobio.

Hoy no vemos ya sino su espectro; o mejo dicho, por efecto de una raquítica metempsicosis, su aliento, su sopro vital, cada vez más tenue, va animando las generaciones que se suceden. Es como el centellar fúnebre y lánguido que despiden las lámparas al apagarse.

¡Tiempo es ya de alejarnos del pantano cuya deletérea atmósfera corrompe el organismo, para volver a la fértil llanura en que las fecundas

simientes de la verdad y del deber han engendrado las aromáticas flores de las virtudes.

Habíamos dejado a nuestros héroes esforzándose por suplir con su valor lo que les faltaba de fuerza: los volvemos a encontrar persistiendo en la misma idea, conservando inalterable el mismo afán.

Apenas brilla un rayo de esperanza por imperceptible que sea, y vemos iluminarse los rostros de los patriotas todos con la fulgurante aureola del entusiasmo. Se hace entonces a un lado la inconstancia latina, sólo se espía la ocasión de continuar con más fruto la magnánima empresa. Vienen las calamidades y los reveses, se suceden formando serie que podía suponerse interminable, ya casi preludian las más asoladora catástrofe; y no obstante, todavía la fe, todavía la constancia, todavía la abnegación animan los pechos de aquellos infatigables luchadores.

Comienza a propalarse el rumor de que Napoleón va a ordenar la retirada de sus fuerzas; y entonces, por todos los ámbitos de la República resuena un estentóreo grito de júbilo, grito que se traduce del modo más genuino en esa canción que todos conocéis, en esa canción que se formó a la luz de las fogatas que iluminaban el campamento de Riva Palacio. Son esas coplas que hacen asomar el llanto a los ojos del veterano, son la despedida alegre y satírica que el pueblo dirige a la llamada Emperatriz, son el cántico triunfal que brota de los labios del guerrillero, son el desbordamiento del placer que inunda el pecho del liberal y del patriota, son la viril protesta contra la villana, contra la bajeza y contra la traición. Ellas nos manifiestan que muy lejos de que haya habido un momento de vacilación en los Hijos de la Libertad, éstos confiaron siempre en la victoria: por esto la reciben como la cosa más natural; por eso no guardan rencor ni experimentan miedo hacia los autores de sus desdichas. “¡Adiós —dice— adiós, princesa advenediza! te vas, y en pos de ti marcharán tus guardianes; mucho mal nos has hecho, pero nosotros que representamos la causa de la justicia, no podemos tener para ti y para los tuyos, sino el más profundo desprecio; no merecéis nuestro odio, mucho menos podéis infundirnos temores.”

Llega, pues, la hora por la que tanto se había suspirado. Los sucesos se combinan en términos tales que afianzan para siempre la soberanía nacional mediante la partida de las tropas francesas, dando lugar a tan vergonzoso fracaso a que muy pronto los disparos del Cerro de las Campanas hagan estremecer en sus tronos a los más infatuados monarcas. Estos habían permanecido insensibles ante la epopeya de la Intervención; fue preciso ponerles a la vista la tragedia de Querétaro. Así son los tiranos: el heroísmo no los conmueve; lo que los conmueve, es el terror.

La Europa se ha quedado atónita. No acierta a comprender lo que ha pasado en nuestro suelo. Había juzgado a México incapaz de actos de civismo, y éste los ha prodigado hasta la difusión, en aras de su autonomía; lo había juzgado discolo y antifraternal, y la mayoría de sus hijos, constituyendo un partido, han pospuesto sus rencillas todas al interés común; lo había creído raquítrico e impropio para una resistencia formal, y ha hecho huir a los aguerridos batallones de Sebastopol.

¡Lo acabáis de ver, mexicanos! ¡El cable nos ha transmitido la noticia, hace menos de un mes! Los diplomáticos europeos, reunidos en Washington, nos han revelado la verdad. Todavía sus países no olvidan la lección que les dimos hace treinta años; todavía su recuerdo los lastima, todavía los hiere, todavía los irrita. Es que las aristocráticas naciones del Viejo Continente no pueden conformarse con haber perdido la tutela que pretendían ejercer sobre los libres hijos del Nuevo Mundo! No quieren converir en que la libertad es más fuerte que la fuerza!

Compatriotas: lo pasado está lleno de episodios grandiosos, de lances inmortales, de rasgos sobrehumanos; no tenéis que acudir muy lejos: cerca tenéis a la generación que se extingue y que os transmitirá el secreto de sus hazañas, el talismán de sus grandezas. Es muy sencillo y enteramente asequible: se reduce a abrigar nobles ideales y a sostenerlos hasta el sacrificio.

Inspirados por esta máxima, les fue posible hacer respetar derechos que parecían perdidos para siempre.

Ellos tuvieron convicciones, y por eso alcanzaron un fin; ellos desplegaron fortaleza, y por eso triunfaron; ellos adoraban sus deberes, y por eso realizaron portentos; ellos fueron dignos, y merced a eso fueron independientes.

Vosotros haréis otro tanto, mexicanos, siempre que vuestro único guía sea el patriotismo y el bien vuestro único móvil.

Aunque no lo merezco, hablo en nombre de la ciudad de San Luis, de esa ciudad que tantos hijos dio a la guerra santa contra el extranjero; y por eso puedo decirlo muy alto:

Potosinos, esta fecha imperecedera, 5 de mayo de 62, os garantiza que vuestra patria no tendrá que lamentar nunca otro año como el de 1847.